

Recuerdos de Julio

Oscar Bruschera

Estas cuartillas que escribo -especialmente para *Cuadernos de Marcha*- escudriñan una faceta no por conocida poco importante de Julio Castro, en vísperas del oncenso año de su desaparición. No he querido rememorar al Julio argonauta de América a la que como pocos conocía por haberla ciento de veces recorrido hasta en sus más recónditos parajes, no para embelesarse con el espectáculo de sus bosques, sus montañas y sus ríos, de los vestigios de sus antiquísimas culturas o con el esplendor algo postizo de las nuevas ciudades que los españoles o sus descendientes criollos levantaron y que luego abrieron sus brazos al alud inmigratorio de múltiples procedencias, aunque algunas -las más bellas- conservaron la impronta de la hispana planta, sino para comulgar con sus gentes desaharradas, sufridas, esquiladas, para convivir con comunidades indias o mestizas, para conocer sus angustias, desvelos y esperanzas y transmitirles el pequeño bálsamo de un saber comprometido y respetuoso. Hay que publicar en un pequeño volumen (chiquito y por eso barato) las notas y crónicas de Castro sobre Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Colombia, América Central, México, sobre América hispanoparlante toda. Es un desafío y un compromiso para *Cuadernos*. Sí, ya lo sé hay un cuaderno, pero es insuficiente.

Tampoco me propongo recordar al educador que otros más sapientes que yo han, con solvencia, rescatado del ingrato olvido con que los pueblos (sin proponérselo, acaso sin culpa, la culpa es de sus conciudadanos cultos) sepultan a sus hijos más preclaros, por sus esfuerzos casi anónimos, cotidianos y por eso más valederos.¹

El mayor homenaje que a Julio puede hacerse es el de recordar su obra, su trabajo sin pausas ni renunciós, callado y modesto, siempre realizado con el noble objetivo de servir, de promover el mejoramiento, la capacitación del hombre, del hombre nuestro que es la mayor riqueza que tenemos y la única que la ajena codicia no puede arrebatarlos.

Quiero contarles algo de Julio Castro el compañero de las lides periodísticas de MARCHA, el camarada en tantas luchas por ideales comunes, el ser humano en fin que tuve el privilegio de conocer y tratar en la ya lejana juventud, conocimiento y trato que se mantuvo cuando ambos atravesábamos los años de la madurez e ingresamos a la edad provecta, y que los designios inescrutables de la parca, bifurcó. Y me propongo hacerlo acudiendo a un riquísimo anecdótico que encierra en su aparente pequeñez, el sentido del humor, la picaresca tan española, la generosidad, la increíble facilidad de comunicación con la gente, de encontrar amigos a la vera de cada ruta, la limpia nobleza de sus sentimientos, el firmísimo arraigo de sus convicciones, la callada

¹Me parece oportuno mencionar el libro que Banda Oriental publicó en 1987, *Julio Castro, educador de pueblos*, con trabajos de maestros, sus colegas, Miguel Soler Rocca (La contribución de Julio Castro a la lucha contra el analfabetismo), Abner Prada (Julio Castro y la educación rural), Ubaldo Rodríguez Varela (Julio Castro, periodista de la educación) y Yolanda Vallarino (Vieja y nueva educación. El banco fijo y la mesa colectiva). Lo recuerdo con la esperanza de incitar su lectura.

modestia con que hacía lo que en cada caso, debía hacerse. Me parece increíble que alguien pudiera asesinar a Julio, tan noble era su apostura, tan sencillo y llano su trato, tan respetuoso para con los demás, así fueran sus enemigos. Algo semejante a lo que me pasa con Michelini, al que quizás por razones de edad (era dos años menor que yo), de conocimiento y fraterna amistad desde la misma adolescencia, tal vez conocía mejor. Parecía imposible que un ser humano que alguna vez hubiera cruzado su mirada con sus ojos claros, pudiera planificar el asesinato de Zelmar. Y sin embargo, fue así. Porque el asesinato de Zelmar fue planificado como una operación de alta estrategia, donde no se omitió la sucia maniobra de tratar de ensuciarlo en el mismo momento en que lo mataban. Claro el supuesto es erróneo: estábamos refiriéndonos a hombres, no a bestias. Aunque objetivamente la responsabilidad no es diferente, es igual; las circunstancias fueron distintas. A Zelmar programaron asesinarlo; a Julio no lo mataron, se les murió, porque viejo y enfermo, no pudo resistir la técnica de los "hábilis interrogatorios". Y después, para que el paralelismo continúe, hubo que urdir la farsa ya desbaratada, de que Julio se había ido, había huído, cuando ya no era posible ocultar que estaba muerto.

Les recuerdo en primer lugar, una anécdota que narra Alfaro con su proverbial gracejo, recordando sus cuitas de administrador de MARCHA. Quijano se negaba a aumentar el precio del semanario y resistía la evidencia que Alfaro le mostraba (hasta con números) de que no se podía seguir con el precio viejo ante el incesante aumento de los costos (ya por entonces el contralor de la inflación no era sino una más de las múltiples paparruchas en boga). Invocaba una alarmante opinión de Batlle según la cual: "La prensa debería ser gratuita (yo sudaba) o poco menos (menos mal). No todos pueden costearla (aseguraba don Pepe) pero deberían leerla todos". Julio Castro venía en mi ayuda "No macaniés que vos no sos batllista" (*Navegar es necesario*).

Julio mismo narra en MARCHA en la edición de su vigésimo aniversario, los orígenes de la imprenta propia. Fue en la Semana Santa de 1941 en Sopas, en una estancia que Solano Ríos y Timote Peña tenían en los alrededores de la Cuchilla de Haedo. En una noche estrellada y mientras crepítaba el asador, Quijano le dice a Castro: "Ahora cuando volvamos a Montevideo tenemos que resolver el asunto de la imprenta propia. MARCHA no puede aguan-

tar más esa situación. Además con una imprenta podemos hacer una labor editorial importante". Allí en el campo, bajo aquel cielo estrellado "soñar no costaba nada". Castro responde: "Mirá yo tengo que cobrar mil pesos de un concurso de pedagogía, que gané el año pasado. Si pueden ayudar para algo ahí están". Quijano, Irazoqui y Sosa se las arreglaron para comprar una linotipo a crédito y yo pude comprar -al contado- una máquina plana que Rodolfo Canabal tenía en Rivera, sin objeto ya, después de haber desaparecido el diario que en ella imprimían". "La linotipo, sigue Castro, todavía está. La impresora, que había pertenecido en el siglo pasado al Ferrocarril del Oeste Argentino, tiraba 400 ejemplares por hora y hacía un ruido tan infernal que en la imprenta y aun en el barrio, se la conoció muy pronto por la rompepiedras".

Veán la generosidad de Julio. Pone a disposición el magro fruto de su trabajo. Mil pesos que aclara, entre descuentos, pitos y flautas, se redujeron a 900. Hace cuarenta años, entonces con los novecientos pesos se podía comprar una máquina plana que transformados en nuevos pesos son 0.90.

En la tercera fui espectador y cuasi víctima. Viajábamos con Julio con destino a Rocha donde había no me acuerdo bien, qué acto anti-imperialista. Ibamos en ferrocarril, en el para la época, raudo motocar que paraba en todas las estaciones y en todas hacía interminables pausas. Como Julio tenía amigos en todas partes, las aprovechaba para realizar encuentros en el andén, generalmente comandados por el maestro local. Dicen los franceses que para encontrar el acertijo de enigmáticos jeroglíficos es preciso *chercher la femme*. Para pesquisar el itinerario de Julio era necesario *chercher le maitre o la maitresse*. Yo sufría con la posibilidad de que el motocar partiera y Julio se quedara. En San Carlos mi aprehensión se hizo realidad. El tren se fue y Julio se quedó. Cuando llegué a Rocha, los amigos me interrogaron expectantes: ¿No iba a venir Castro? -Conmigo venía, pero lo perdí en San Carlos. No se preocupen, faltan unas cuantas horas para el acto y espero que llegará, expliqué nada convencido. En efecto llegó tripulando un inverosímil Ford a bigotes. Terminado el acto nos reunimos en el comedor del hotel, cuyo horario los amigos de la esteña ciudad, habían gestionado y conseguido prorrogar hasta horas intempestivas. Julio volvió a desaparecer. Al rato reapareció con la cocinera a la que había ido a felicitar por el espléndido pollo guisado que

nos había ofrecido. La mujer, a pesar de las molestias de nuestra insólita reunión y de la prolongación de su horario de fagina, rebosaba de felicidad por los cumplidos de Julio a su culinaria obra. Así sabía Julio llegar a la gente.

Y va la cuarta para terminar que toda cosa si es buena, doblemente lo es si es breve. Era en los tiempos de la Agrupación Nacionalista Demócrata-Social. Aunque muy peculiares, nosotros nos proclamábamos y nos sentíamos blancos. Nunca quiso Quijano darle color partidista a la prédica y orientación del semanario. Otro, más ambicioso y más certero era su objetivo. Yo que era o me creía algo leído en historia y que estaba deslumbrado por el libro de Pivel Devoto sobre los partidos tradicionales que recomponía todo el siglo XIX uruguayo, sentía aflojar mi blanquismo ante la figura y la obra de Batlle, el don Pepe que se había ido en 1929, tenía frecuentes encontronazos con Maneco Flores que escribía también en MARCHA con general beneplácito. No me molestaba que se proclamara batllista; pero sí me erizaba que dijera: -Yo soy batllista,

pero sobre todo soy colorado, y más aún que adicionara disculpas y exaltaciones para su ancestro el general Venancio Flores contra el cual mis rechazos eran casi viscerales. En una de estas escaramuzas, terció Julio para decirme: -No embromes que tu eres un blanco batllista. No medi en un primer momento la profundidad de la observación. Debieron pasar muchos años, los que transcurrieron hasta el nacimiento del Frente Amplio, para saber que la definición era exacta. Aparte de la profunda síntesis histórica que ese fenómeno político pretendía y de la exacta traducción nacional de la propuesta que hacía, para decirlo con ajenas palabras, en mi caso personal, mi entendimiento global de la historia nacional a lo largo de toda su oscilante trayectoria, era y es propiamente la de un blanco batllista a la que se le adiciona una proyección y un enfoque socialista como para que Wilson Ferreira un día en la Asamblea General, en una de aquellas sesiones previas al golpe donde todo se discutía y todo se abordaba, terminara exclamando: -A este hombre no lo entiendo.

